

Trabajo hercúleo el trabajo de Calvino en la redaccion del código que debia transmitir sus pensamientos propios á la vida doméstica y pública de Ginebra. Este hombre tan violento, poseia el don de disimular y ocultarse á los ojos mas avizores, cuando así cuadraba y convenia de alguna suerte á sus propósitos. Empleaba con este objeto aquel método ingeniosísimo de Sócrates, quien sabia infundir en sus discípulos y oyentes la creencia de que nacian de su propio entendimiento las ideas que él mismo les acababa de sugerir y de prestar. Los magistrados recibian tales insinuaciones, tan hábiles, tan meditadas, tan pérfidas, que imaginaban proceder por su propia cuenta, cuando mas sufrían el soberano impulso de la voluntad superior, á ellos completamente ajena, y fuerte é imperiosa de necesidad sobre ellos. Calvino escribia los artículos de la nueva constitucion y luego los relegaba discretamente al exámen de los varios Consejos, sin mostrar excesivo empeño en que su voluntad predominase ni prevaleciese su pensamiento. A fines de setiembre del año 1541 se reinstaló en Ginebra, y á principios de enero de 1542 estaba redactado definitivamente, corregido en todas sus partes, sancionado por los tres Consejos, el legislativo, el ejecutivo y el general, puesto en vigor por su promulgacion, el código de Ginebra, mediante cuyos artículos y cánones debia cumplirse por entero el reino de Dios sobre la tierra y organizarse para su difusion el Estado democrático de Ginebra, en una omnipotente y verdadera teocracia.

Gran conocedor de los secretos políticos y gran experto en las artes diplomáticas, el apóstol comprendió en seguida que todo se perdia, si desaprovechaba la primer coyuntura ofrecida por las circunstancias, para imponer su código, es decir, la obra de su vida. Aquellos ginebrinos, que no aceptaran los primeros esbozos de la idea calvinista, veíanse ahora obligados por la victoria de Calvino á la inevitable aceptacion de todo su conjunto. Para el reformador no bastaba creer, habia necesidad tambien de vivir en consonancia y armonía con la creencia. Quien desechaba un error y cometia un pecado, no estaba para él, no, en la verdadera perfeccion cristiana. El Estado tenia necesidad de reprimir al mismo tiempo que los engaños de las inteligencias, las inmoralidades y perversiones de la vida. La imagen de Cristo no aparecia en ninguna parte con esplendor tan nuevo como en la obediencia de

los cristianos. Su fórmula se contenia en esta frase de San Pablo, «imitadme, como yo imito á Cristo.» Comprendiendo que toda organizacion necesita jerarquías, estableciólas con gran claridad, sustituyó á las artificiosas de la Iglesia católica y emanadas á una del poder absoluto de los Papas, las naturales, nacidas de la propia y grande autoridad que traen consigo la virtud, la ciencia, el tiempo y la edad. Para él, sobresale entre todas las virtudes cristianas la fe; y como la fe sobresale entre todas las virtudes cristianas, es la fe, tambien, la primera entre todas las jerarquías, la jerarquía de los pastores. La segunda de las virtudes cristianas es la ciencia, cuyo poder venido despues del poder de la fe y subrogado á él, no deja por esta subrogacion natural de tener una grande importancia; y por ende, si adjudica el segundo ministerio del Cristianismo á la ciencia, tambien adjudica la segunda jerarquía de toda cristiana sociedad á los doctores. Despues de estos vienen los que traen el prestigio de la edad, los ancianos; y los que traen el aroma de la juventud y de la esperanza, los diáconos. Y con estas jerarquías organiza fuertemente la nueva Iglesia.

La fe debe rechazarse, como fórmula escolástica, vacía de suyo, si no se liga completamente con la vida y no la hermosea y purifica. Por consiguiente, los pastores no deben solo aspirar á las creencias, sino tambien á las virtudes; y no deben solo aspirar á las virtudes para sí, no, deben cumplirlas en su vida particular y extenderlas á los demás hombres. Así clasifica los vicios de que deben abominar y huir, no solo ellos mismos, sino sus fieles y sus feligreses. La blasfemia, la simonía, la mentira, el perjurio, la lujuria, la embriaguez, la usura, el juego, el escándalo, la maledicencia, la injuria, la doblez, la cólera y la avaricia, deben proscribirse de toda vida pastoral, y los pastores deben á su vez proscribir las de toda vida humana. Pero las prohibiciones, por duras que puedan ser, no bastan á engendrar la virtud, se necesita la instruccion, que avisa y enseña y esclarece. A este fin prescribe con cuidado enseñanzas dominicales de doctrina cristiana dedicadas á los niños. Y no solo se acuerda de los niños, tambien se acuerda de los enfermos, de los pobres, de los pasajeros, de los presos, de todos los que sufren, para darles el pan necesario al entendimiento y sostenerlos en los combates cruentísimos de la existencia. Su código, despues de todo, resulta la moral servida

por las fuerzas coercitivas del Estado y escrita en leyes que tienen todos los caracteres de las varias codificaciones políticas y todo su sabor, pareciéndose á una constitucion fundamental de los Estados modernos.

Con solicitud separa Calvino el ministerio sacerdotal del ministerio político. Ningun magistrado, absolutamente ninguno, debe ingerirse por medio de la fuerza, ni aun del consejo, en la vocacion interior de los pastores. Nadie debe ser impelido á entrar por fuerza en las jerarquías eclesiásticas. En el sacerdocio solo puede intervenir el sacerdote, y despues del sacerdote solo puede intervenir el pueblo. Parécele bien la eleccion popular de los pastores; mas presidida y aconsejada por los pastores mismos. A fin de organizar la Iglesia con todo género de precauciones enderezadas á impedir extravíos y errores, propone que los sacerdotes provengan primero de una eleccion sacerdotal hecha por el clero mismo; despues, de una eleccion política hecha por el Consejo ejecutivo; y despues, de una eleccion popular hecha por la universalidad de los ciudadanos. Aquellos que niegan el carácter eminentemente sacerdotal y teocrático de la obra calvinista, encontrándose frente á frente de tales prescripciones, reconocen, como no pueden menos de reconocer, que la nacion y la Iglesia se identificaban por este tiempo en una perfecta identidad. Y si la nacion y la Iglesia se identificaban ¡ah! no puede menos de convenir tambien con nosotros en que las leyes civiles y políticas revestian caracteres teológicos, como las leyes teológicas á su vez revestian caracteres políticos; y donde sucede todo esto, existe *ipso facto* una verdadera teocracia. Las ordenanzas, pues, de Calvino son al mismo tiempo que constituciones eclesiásticas, constituciones políticas; y allí donde se identifican las constituciones políticas con las constituciones eclesiásticas, existe una indudable teocracia.

Despues de organizar la primera jerarquía sacerdotal, organizaba Calvino la segunda, ó sea la clase de doctores, á la cual llama con el nombre genérico de orden de las escuelas. El reconocido como lector debe curar de que la ignorancia ó la malicia no alteren la pureza del dogma, como depositario que es de la verdad evangélica. A este fin ha de adornarse con el conocimiento de las lenguas clásicas y de las ciencias humanas. Nada tan dañoso á su profesion, ni tan opuesto á su ministerio como la pedantería ocasionada

por la superficialidad. En pos de los doctores vienen los ancianos. Su número no debe pasar de doce, correspondiente cada pareja de ellos á un pastor. Así como los doctores cuidan de la pureza del dogma, los ancianos deben curar de la pureza del ser y de la vida. Y así como los doctores asisten á los sacerdotes con su ciencia teológica y los ancianos asisten á los doctores con su autoridad, deben los diáconos asistir á los ancianos y elevarse como intermediarios mas inmediatos entre estos y las muchedumbres de los fieles. En el pensamiento de Calvino tales jerarquías no han de quedar aisladas, necesitan un organismo que por su fuerza correspondá en realidad á la doctrina eclesiástica, cual corresponde el cuerpo al humano espíritu. La reunion de los sacerdotes y de los ancianos compone la importante asamblea conocida con el nombre de Consistorio. A fin de compenetrar el Estado y la Iglesia como ha menester toda verdadera teocracia, el reformador entrega la designacion de los ancianos al poder ejecutivo de la República. Dos de ellos deben salir del Consejo, cuatro de los Sesenta, diez de los Doscientos. Magistrados y laicos por su origen, eran eclesiásticos por su ministerio y por sus funciones. Y así como el doctor escudriñaba las inteligencias y entendia en los errores; el anciano escudriñaba las vidas y entendia en los pecados. Este ministerio, algo semejante á los oficios desempeñados por ciertos aristócratas de Venecia y á las inquisiciones hechas por ciertos inquisidores de España, daban al Consistorio cierta autoridad odiosa y cierta censura sobre la vida privada que no estaba muy léjos de los abusos ingénitos á toda tiranía. Los pastores desempeñaban principalmente el culto, y como desempeñaban principalmente el culto, debían cultivar la palabra, el mejor de los homenajes al Dios vivo. Por consecuencia, sobre todo y ante todo, los pastores se hallaban destinados á explicar las páginas del Evangelio y á comentar las revelaciones del divino Verbo. Y no solo debian hacer esto, sino que debian además, deducir del dogma la moral y procurar la enmienda y correccion de los fieles.

Los ancianos, conocidos con el nombre de obispos, tenían la correccion material, así como los pastores la correccion moral de las costumbres. A este fin se les asociaba una especie de magistrados civiles, cabezas de la gran division de aquella ciudad, semejantes á los patriarcas de las tribus israelitas

y á los decuriones de los municipios romanos, que debian celar, censurar, y cuando fuese preciso, corregir, la vida privada de las gentes. Componian, pues, tales empleados conjuntamente con los obispos ó ancianos, una suerte de policia civil y eclesiástica, muy propensa por su extraña organizacion al abuso. Reprensos de vicios privados, habian de dar su repension al público, encargados como estaban de impedir la comunión religiosa, la Cena espiritual, á cuantos no tuviesen vida privada bien pura. Tal determinacion sirvió de piedra de escándalo á las primeras disputas entre los ciudadanos de Ginebra y su apóstol Calvino, al par que de causa y motivo al destierro de este, por lo cual tuvo mayor empeño en que prevaleciera, á pesar de las muchas dificultades prácticas en su observancia y ejercicio. Hé aquí en breves palabras la naturaleza íntima del Estado teocrático y las partes principales de la organizacion dada por Calvino á la ciudad que, desde aquella época, debia ejercer en la tierra el glorioso ministerio de fundar la República cristiana.

## CAPITULO IX

CALVINO COMO PREDICADOR

Parece imposible que obra tan magna, como la de Calvino, haya podido cumplirse durante la brevedad rapidísima de su existencia. Nacido el año nueve de la centuria décimasexta, y muerto el año sesenta y cuatro; en menos de medio siglo, porque los dias de la infancia no pueden contarse para cosa de provecho, en menos de medio siglo, decia, realizó uno de los trabajos mas colosales que recuerdan y guardan las historias. De tres á cuatro mil sermones pronunció; trazó escritos, que componen muchos volúmenes en folio; gobernó moral y materialmente á un gran pueblo; disputó sin descanso, en múltiples conferencias teológicas; comentó las Escrituras; sostuvo una increíble correspondencia epistolar; organizó solo en Francia mas de dos mil iglesias; y no encontró en su larga y trabajosa vida ni una hora siquiera de reposo. Todos los domingos asistia personalmente al servicio divino, que desempeñaba en semanas alternas. Cada ocho dias celebraba una conferencia teológica de tres horas. Los juéves asistia indefectiblemente á los Consistorios, los viérnes á las Congregaciones. En uno y otro punto, sus enseñanzas tomaban el carácter de una verdadera leccion; y equivalian, por lo mismo, á dos discursos semanales. En dias y momentos, de antemano convenidos, visitaba en sus hospitales á los enfermos y en sus asilos á los refugiados protestantes.

El carácter de sus sermones antes parecia práctico que teórico, antes moral que dogmático. Surgian por su propia virtud, como las flores en los campos, de los textos bíblicos ó evangélicos. Por regla general un capítulo de los